

Yves Bonnefoy, la dialéctica solar

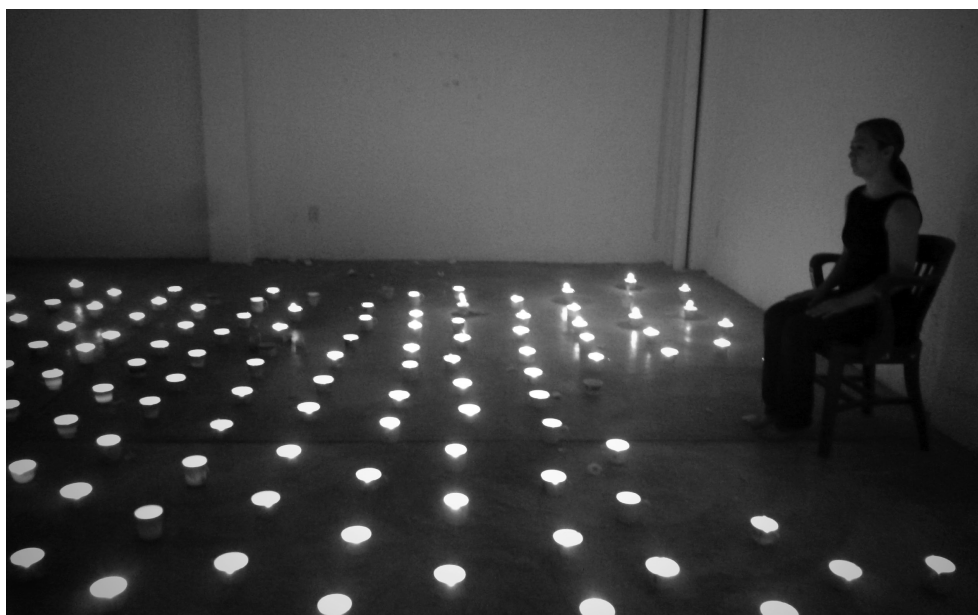
VUELVE EL NOMBRE del poeta francés a esta sección, ahora que recibió el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. A sus noventa años, Bonnefoy es el poeta vivo más importante de Francia. Lejos están sus comienzos bajo la impronta del movimiento surrealista, del que se alejó luego para avanzar con paso firme al descubrimiento de su propia voz. Un camino a través de las palabras, hacia el reencuentro —lo ha dicho él mismo— con una realidad viviente. Es esta realidad, en su más amplia dimensión, la que nombra la poesía de Bonnefoy: un árbol, una flor, un río; pero también las obras del hombre que lo maravillan: una iglesia, una sinfonía, una pintura. Traduzco ahora un fragmento de un libro entrañable, *L'arrière-pays*, publicado por primera ocasión en 1972 y que bien podría traducirse como *Tierra adentro*. Se trata de un ensayo donde el poeta discurre con largueza en torno al arte y el paisaje de Italia; de cómo, durante este viaje capital en su vida, llega a una nuevo entendimiento de algunos de sus motivos centrales. Y para ello las palabras son las mejores mediadoras. Un eco de aquel entonces es claramente perceptible en el discurso pronunciado por Bonnefoy durante la entrega del premio mencionado: “Es entonces una palabra, una palabra lo que me ha permitido este reencuentro con una realidad viviente. La palabra que enuncia las leyes puede también ser la que revela existencias”. El pasaje elegido para los lectores de *La Colmena* describe con puntual belleza las circunstancias y el momento de esa revelación.

Tierra adentro (fragmento)

Conocía bastante mal la pintura italiana antes de mi primer viaje a la Toscana. Por supuesto, tenía alguna idea de los pintores más célebres, y los cuadros de Leonardo da Vinci se me aparecían a veces como en un sueño. Pero aquello que un día habría de conmoverme más me era aún desconocido. En resumidas cuentas, sólo había mirado con atención las obras predilectas del surrealismo: la *Profanación de la hostia*, de Uccello, y aquellas otras que pintó el primer Chirico. ¿Por qué no había intentado conocer más? Sin duda por efecto de una convergencia. El empleo excesivo, abstracto, de la perspectiva en Uccello desarticula el espacio, exterioriza los sucesos y las cosas; vuelve fantásticas las formas, lejanos los colores, nocturna la imagen toda: estaba, entonces, inmerso en mis tendencias gnósticas, pero privado también de una belleza sencilla, que amaba ya, por más que me pareciera lejana, como un signo de otro mundo. Chirico, de manera recíproca, al construir en grandes trazos, como un decorado de teatro, sus arcadas, sus plazas, me hablaba con claridad de *otro lugar*, pero ¿había en él la promesa? No, desde luego, y sus sombras demasiado largas, sus péndulos como detenidos, expresaban una angustia, mostraban una irrealidad que me hacían dudar de los poderes, tan bien fundados, de la perspectiva clásica. Determinada por el número, inteligible, ¿no sería ella, por lo mismo, una negación de la finitud? ¿El oscurecimiento, y no la metamorfosis, de la dimensión temporal? Soñaba yo, así me lo decía, con otro mundo. Pero lo quería de carne y de tiempo, como el nuestro, donde fuese posible vivir, envejecer y morir.

De todas maneras, terminé por viajar a Italia. Y allá descubrí, en un momento inolvidable, que aquello que yo había tomado en Chirico por un mundo imaginario, y es más, imposible, de hecho existía en esta tierra, salvo que aquí se encontraba reconciliado, recentrado, vuelto real, habitable, por un acto del espíritu tan nuevo para mí como, de golpe, mis bienes, mi memoria, mi destino. Visité las iglesias, los museos, y vi en todos esos muros blancos a las Madonas solemnes, serenas, casi de pie en su presencia sin falla, de Giotto, de Masaccio, de Piero della Francesca. Estos pintores se habían decidido por la perspectiva tanto o más que Uccello, habían liberado mejor que él a la imagen de su bóveda medieval: pero ellos no negaban la interioridad del objeto, su transcendencia a toda descripción nocional. De hecho, ellos reunían la evidencia dispersa, llevaban a la experiencia sensible la luz y la unidad de algo sagrado; y la perspectiva, que habían concebido, yo lo entendía ahora, para cumplir con esta tarea: obligándola a delimitar el horizonte, a descubrir y recoger lo posible, a despojar la conciencia de los prejuicios y las quimeras. Eso que yo había considerado como una gnosis, atravesando el horizonte hacia otro cielo, definía, como la sabiduría griega, el lugar dónde vivir

y la parte precisa del hombre. Y tal como hubo después de Atenas una Jerusalén y la promesa del cristianismo, este conocimiento de los límites era también una fe que discernía un propósito para la condición terrestre y trabajaba por la Encarnación. ¡Ah, qué impresión la de una larga espera terminada, la de una sed súbitamente apagada, cuando vi algunos cuadros de la primera mitad del *Quattrocento*, y también la arquitectura de Brunelleschi y de Alberti que mostraba que todo tenía un lugar, gracias a la ciencia nueva, en la dialéctica solar del plan central! En verdad, desde los primeros encuentros conocí una de mis más grandes alegrías, tanto física como espiritual. Pues la piedra, los árboles, el mar a lo lejos, el calor, todas las especies sensibles que hasta entonces bullían sin fin ante mis ojos, espejismos de agua estancada, se me aparecían como secas. Era mi nuevo nacimiento. LC



La espera (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Estefanía Velázquez.

JORGE ESQUINCA. SUS libros *Alianza de los reinos*, *El cardo en la voz*, *Paloma de otros diluvios*, *Isla de las manos reunidas* y *Vena Cava* se recogen en el volumen titulado *Región 1982-2002*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, México. Posteriormente han aparecido *Uccello* (2005), *Cuaderno para iluminar* (2008) y *Animula* (2010). Su libro más reciente, *Descripción de un brillo azul cobalto* (2010), obtuvo el Premio Iberoamericano de Poesía Jaime Sabines para Obra Publicada. Ha traducido obras de Pierre Reverdy, Henri Michaux, André du Bouchet, Maurice de Guérin, Adonis, W.S. Merwin y H.D. Ha sido merecedor de diversos reconocimientos, entre ellos el Premio de Poesía Aguascalientes, el Premio Nacional de Traducción de Poesía y becas del Ministerio de Cultura de Francia y de la Fundación Civitella Ranieri de Italia. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, México.